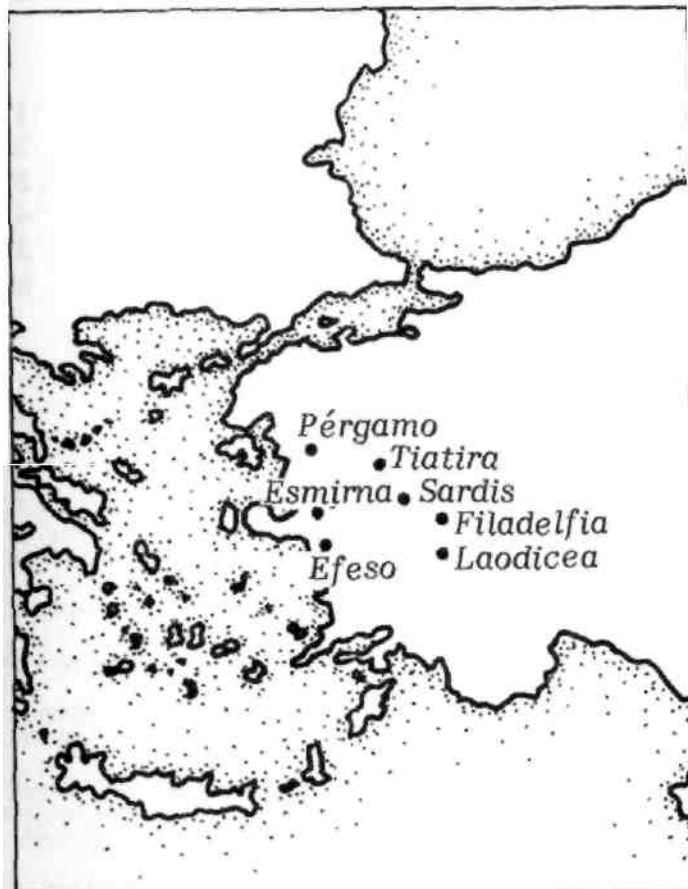


R. Murray M'Cheyne

LAS SIETE IGLESIAS DE ASIA



LAS SIETE IGLESIAS DE ASIA



EXPOSICIÓN I

«Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: Yo sé tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vengo en seguida a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes. Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaitas, las cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios» (Apocalipsis 2:1-7).

En el segundo y tercer capítulos del Apocalipsis encontramos siete epístolas a las siete iglesias de Asia; y son dulces, porque nos muestran no sólo lo que Cristo *estaba pensando*, sino lo que *piensa ahora*, cuando Él está en la gloria.

Los evangelios son muy dulces, porque nos muestran lo que había en la mente de Cristo en los días de su carne, cuando Él habitaba con los

hombres sobre la tierra; pero *éestas* son dulces porque nos muestran que Jesús es el mismo cuando está a la diestra del Padre, como cuando estaba junto al mar de Galilea; que es el mismo ahora, cuando tiene en su mano las riendas del universo, como cuando estaba con sus discípulos, y, bendiciéndoles, les decía: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de Dios.»

Esta epístola es a la iglesia de Éfeso, la principal de las iglesias de Asia, la iglesia a la cual Pablo fue dos veces, donde permaneció tres años y donde dejó a Timoteo. Veamos:

I. *En qué carácter Cristo es mencionado aquí.* Dijo que tenía en su diestra siete estrellas, y andaba en medio de los siete candeleros de oro. Primero, tiene siete estrellas en su diestra; estas siete estrellas son sus ministros. Ahora bien, la diestra es el lugar de poder; los ministros sólo brillan en tanto que están en la mano de Cristo. La gente mira demasiado a los ministros; esperan conseguir sabiduría de ellos; pero nosotros no estamos puestos para estar entre vosotros y Cristo. Como he dicho ya antes, la única utilidad del asta era sostener la serpiente de bronce. Nadie pensaba en mirar el asta; así nosotros sostenemos a Cristo para que todos lo vean; hemos de dar testimonio de la verdad: somos testigos de Cristo; hemos de sostener a Jesús delante de vosotros, y delante de nosotros también: de modo que nosotros desaparezcamos y no se vea nada sino Cristo. La estrella de Belén guió a los magos y se posó sobre el lugar donde estaba el

niñito; lo mismo nosotros hemos de ser la estrella, guiaros al lugar donde se halla el niño. La estrella desaparece cuando sale el sol, y muchas estrellas desaparecen cuando el alma es llevada al Sol.

Y segundo, «Jesús andaba en medio de los siete candeleros de oro.» Andaba en medio de las iglesias; El está en esta iglesia esta noche. «Id por todo el mundo.» ¿Qué? ¡Señor!, ¿iremos también entre esta gente que es mala? ¿Te dejaremos a Ti e iremos a este mundo cruel, desconcertante? Sí, pero mirad: «Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.» Esto es lo que dijo Cristo cuando estaba sobre la tierra, pero quizás Él no dice esto ahora. Sí, andaba en medio de los siete candeleros de oro cuando estaba en la tierra, y anda en medio de ellos todavía. Jesús anda en medio de los creyentes; éstos son los candeleros; antes eran de metal fundido, pero, unidos a Cristo, han pasado a ser de oro, oro puro. Lo que hacía el pequeño Samuel era andar en medio de los candeleros y procurar que ardieran, ponerles más aceite, el Espíritu Santo. Si pusieras una lámpara en un lugar donde no hay aire se apagaría; y, con todo, ¿por qué es que los creyentes son conservados en este mundo? Se necesita todo el poder de Dios para hacerlo; requiere todo el poder, en el cielo y en la tierra; pero Él puede y Él quiere hacerlo. Ellos solos pronto arderían con llama macilenta, pero Él los mantiene ardiendo.

2. Veamos ahora *lo que Cristo dice en alabanza de Éfeso.* «Sé tus obras.» Es Jesús el que las conoce. Ahora bien, ¿no te hace temblar esto.

no te hace temer, no tiembles de pies a cabeza, pensando que el ojo de Cristo está sobre ti, que *Él* dice: *Yo sé tus obras? ¿Por qué deberías temblar?* Porque cuando Jesús te dice: Conozco tu pecado, tú deberías decirle: Yo conozco tus sufrimientos. Cuando *Él* te dice: Yo conozco todas tus necesidades, que son muchas, entonces tú deberías decir: Yo conozco tu plenitud. Cuando *Él* te dice: Sé que no tienes mucha fuerza, entonces tú debes decirle: Yo sé que Tú tienes toda la fuerza, que Tú eres todopoderoso. Cuando *Él* te dice: Conozco tus locuras, entonces tú debes decirle: Yo conozco tu sabiduría, los tesoros de sabiduría y conocimiento que hay en Ti. Cuando *Él* te dice: Sé la oscuridad que hay en ti, tú dile: Sé qué luz hay en Ti. ¿Por qué dice David en el salmo 139: «Oh Jehová, Tú me has escrutado y me conoces. Tú conoces mi sentarme y mi levantarme; percibes desde lejos mis pensamientos, escudriñas mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos; pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, te la sabes toda»? Y entonces, regocijándose, dice; «¡Cuan preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos, y cuan grande es la suma de ellos! Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.»

Pero luego Jesús conoce tus buenas obras también; sabe de todo vaso de agua que has dado por amor a *Él*; sabe de todo latido de amor en tu pecho por *Él*: todo acto de afecto para su pueblo, los hermanos. Todo creyente siente que

sus propias obras no son nada, y es justo que piense esto; todo creyente las considera de esta manera, porque siente que hay mucha mezquindad en todo lo que hace, una mezcla de motivos. Por ejemplo, si eres amable a un extraño, es posible que tengas en ello un grano de amor a Cristo y cien granos de otros sentimientos; quizá deseo de alabanza o deseo de que piensen bien de ti. Ahora os diré lo que Cristo hace: rocía los cien granos con su propia sangre, los olvida todos y atesora el grano de amor a *Él*, y os dice: «Sé tus obras, tu trabajo y tu paciencia.»

La segunda cosa que dice Cristo en elogio suyo es; «Tú aborreces a los que son malos.» Ésta es una marca segura del cristiano; no pueden soportar a los que obran mal; dicen: «Apartaos de mí, obradores de iniquidad, porque el Señor ha escuchado la voz de mi lloro.» Ahora bien, si yo mirara a un cristiano acá y allá, hallaría que piensa esto; pero yo quisiera hallar algo más, mucho más. «Apartaos de ellos, y separaos de ellos», dice el Señor, porque no puede haber amistad entre Cristo y el mundo. No que no tengáis que andar por las mismas calles que ellos; pero si *tenéis* que vivir en Sodoma, que sea como Lot, que afligía su alma justa de día en día a causa de sus obras inicuas; pero sed mejor aún, como Abraham, que habitaba en la tierra de Hebrón. Vosotros sois personas muy diferentes del mundo; «sois un linaje escogido, real sacerdocio, un pueblo peculiar»; tenéis un nacimiento distinto, sois nacidos de arriba; tenéis una crianza distinta, sois enseñados por Dios; seguís un camino diferente, viajáis hacia Sión;

tenéis lugares de reposo distintos del mundo; vosotros descansáis junto a los pozos de salvación; tenéis un distinto lecho de muerte, decís: «Oh muerte, ¿dónde está tu agujón? Oh tumba, ¿dónde está tu victoria?», y tenéis un hogar diferente.

Notad ahora la tercera cosa que Cristo les dice; «Tú has probado a los que se dicen apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos.» Se dice que en los últimos días se levantarán muchos diciendo que son Cristo; *este día está más cerca de lo que muchos piensan*. Ahora mismo, ¿no hay muchos apóstoles falsos? ¿No hay algunos que tratan de engañaros y descarriar a muchos? Probadlos por «la ley y el testimonio; si no hablan conforme a esta palabra es porque no tienen luz en ellos». Si tenéis intención de creer lo que dicen, vigilad *sus* palabras, y *no* las creáis; probadlos por la Palabra. Los de Berea eran más nobles, porque escudriñaban para ver si las cosas eran como debían ser; sed, pues, nobles, con la nobleza de ellos.

Ahora veamos la cuarta cosa que Cristo dice en su elogio: «Y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.» Es mucho más fácil obrar que sufrir; es mucho más fácil ser un Whitfield y predicar de un cabo del país al otro, que estar echado en una cama de enfermedad. Hay mucho para hacernos desmayar, para hacernos suspirar y llorar por las abominaciones que se hacen en medio de nosotros: y la mayoría de vosotros estáis afligidos; algunos de vosotros tenéis aflicciones a las que no dais salida de

vuestro pecho, incluso aflicciones sin nombre; y algunos tenéis aflicciones que contáis a pechos amigos: aflicciones porque vuestros hijos no tienen interés en estas cosas, o porque aquellos a quienes amáis están en camas de enfermedad. Pero no tenéis que desmayar ni flaquear, tenéis que soportarlas. La resignación es una gracia muy dulce, y sólo puede ser cultivada aquí. El creyente tiene dos clases de gracias: tiene pureza y resignación; Dios tiene pureza, pero no puede tener resignación, porque tiene toda soberanía, es todopoderoso. No obstante, la resignación a la voluntad de Dios es una gracia dulce; es una flor que crece en la tierra; no florecerá allí. Es mucho más fácil pasar la vida entera predicando, predicando noche y día, que tener paciencia bajo la enfermedad. Hay muchos santos que han sufrido mucho sobre la tierra y ahora brillan en la gloria más resplandeciente, porque glorificaron a Dios más que otros por su paciente sumisión.

3. Ahora veamos *por qué cosas les reprende Jesús*. Dice: «Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.» *Ahora bien*, ¿habéis considerado lo que es haber estado en agonía cuando, despertados por Dios, habéis visto vuestras corrupciones?, y ¿recordáis lo que sentisteis cuando visteis a Cristo sin tener un velo ante vuestros ojos, cuando visteis a Cristo crucificado? ¿Recordáis cuando vuestros pecados os acusaban, y cuando dijisteis: «*He aquí mi garantía y seguridad, ¿quién me condenará?*»

Cuando un amigo querido estaba enfermo, y cuando su pecho jadeaba y su ojo brillaba, ¿re-

cordáis qué alegría llenó vuestro pecho a los primeros signos de que recobraba la salud, cuando su ojo se volvió más claro y su pecho se aquietó? Y ¿recordáis también lo que sentisteis cuando, yaciendo en la oscuridad de la noche, y diciendo; «¡Ojalá que fuera la mañana!», entró el primer rayo de luz, y la alegría con que llenó vuestro pecho? Y ¿recordáis la primera vez que os pusieron en contacto con Cristo, cuando entrasteis por primera vez en la presencia de Dios, cuando pudisteis decir; *Él es mío*? Con frecuencia habíais oído de Él antes; pero ¿recordáis el momento cuando pudisteis decir; «Mi amado es mío»? ¡Qué amor ardiente había en vuestro pecho! ¿Recordáis que saltasteis de gozo? Éste fue el *primer amor*, éste era el *amor de los desposorios*; y esto es lo que os queda. ¿No recordáis lo que significaban los sacramentos, cuando teníais un resplandor de amor mayor en vuestro corazón por Cristo, en comparación con lo que esperáis de ellos ahora?

No sé, pero creo (y hablo por mi propia iglesia, la que conozco mejor) que no hay palabra que pueda encontrar en la Biblia, y que pudiera dirigiros, que fuera más aplicable a muchos que ésta, y esto es lo que Jesús nos dice esta noche: «Tengo esto contra ti, que has dejado tu primer amor.» No es un hombre el que tiene esto contra ti, no soy yo que tengo esto contra ti, es *Cristo*; es *Él*, que ha sufrido por amor a ti; *Él*, que fue crucificado; *Él*, que murió en la Cruz; *Él*, que dejó su hogar por amor a ti; es *Jesús* el que tiene esto contra ti. el que te dice: «¿Soy yo un objeto de amor tan pequeño que sólo me amaste una

noche, que no pudiste velar conmigo una hora, que te hayas cansado de mi amor tan pronto?»

Y aquí creo que puedo aplicar esto a los no convertidos; porque aunque vosotros nunca hayáis tenido el primer amor, todavía hay muchos entre vosotros que han estado más ansiosos de Él de lo que estáis ahora. ¿Es el infierno menos terrible que cuando fuisteis despertados por primera vez? ¿No vale la pena ser despertado de nuevo? Hay muchos entre vosotros que han huido de Sodoma, pero que nunca han entrado en Zoar.

4. Y ahora veamos *cuál será el castigo de aquellos que han dejado su primer amor*. «Recuerda, por tanto, donde has caído y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vengo en seguida a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes.»

Cristo dice que has de recordar de dónde has caído. Estabas edificado un tiempo sobre la piedra del ángulo; ¡Oh, cómo has caído! Eras, un tiempo, una brasa encendida: ¡Oh, cómo te has enfriado! Tenías un tiempo más celo por la causa de Cristo: ¡Oh, cómo has caído! Y mientras sentado piensas esto, has de arrepentirte y hacer las primeras obras. ¿Qué? ¿Tienes que convertirte otra vez? Sí, has de convertirte de nuevo, pues de otro modo el Señor vendrá pronto. Ves que Él no pierde tiempo en esto; así que te ruego que te arrepientas pronto, o Cristo va a quitar tu candelero. ¡Oh, qué terribles son los castigos de Cristo! Puede quitarte a tu ministro; puede quitarte la luz de su palabra. Ya sabes lo que le ocurrió a Jonás; por causa de un alma

que se volvió atrás todo el mar se levantó en una tormenta. Lo mismo Dios, por amor a algún alma que se echa atrás, puede quitar tu candelero de su lugar. ¡Oh Señor, dame sufrimientos, dame enfermedad, dame pobreza, dame lo que quieras, dame la misma muerte; pero no quites tu luz de mí, porque entonces quedaría a oscuras y sin vida!

Y, finalmente, veamos lo que dice el versículo 7. «Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.» Y así estamos luchando, estamos en una campaña de guerra, y sabemos que hay algunos que lucháis, lucháis encarnizadamente, y estáis venciendo. Bien, pues, comeréis del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios. ¡Que éste demuestre que es un dichoso sacramento para muchos de vosotros si llegáis a ver este paraíso, si vuestro candelero no es quitado de delante de vosotros! ¡Que este sacramento sea para vosotros la renovación de vuestro primer amor.

EXPOSICIÓN II

«Escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y volvió a la vida, dice esto: Yo sé tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer. Mira, el diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación durante diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venza, no sufrirá ningún daño por parte de la muerte segunda» (Apocalipsis 2:8-11).

La última vez que tuve el placer de hablaros fue sobre la iglesia de Éfeso, a la cual Cristo reprendió por algo. Tenía esto contra ella, que había perdido su primer amor; y le mandó que se arrepintiera, que hiciera las primeras obras; si no, El vendría rápidamente y quitaría el candelero de su lugar. Éfeso era entonces la más floreciente de las iglesias de Asia; pero Jesús *fue* a ella rápidamente y le quitó el candelero. Ahora es un montón de ruinas. Cuando el viajero va allá, visita los arcos, los montones de piedras, el trigo amarillo crece donde antes estaba Éfeso. Hay una aldea cerca de donde estaba Éfeso; y Mr. Hartley, un viajero, nos dice que halló sólo un cristiano en toda la aldea. Lo mismo puede

hacer Dios con nosotros: puede quitarnos nuestro candelero. Hay muchas iglesias ahora y congregaciones florecientes: pero Dios puede amontonar cascotes y ruinas, y dejar sólo un cristiano para decirnos que el candelero fue quitado de allí. Así ocurrió en Éfeso; pero es muy diferente en Esmirna. Notemos que Cristo no les reprende por nada. ¡Cómo! ¿Tan santos eran los cristianos de Esmirna que ni aun el ojo de Cristo halló en ellos falta alguna? Bueno, no podemos sacar mucho consuelo de esto, porque si Jesús nos enviara una carta a nosotros estaría llena de reprensión. Pero ¡no!, los cristianos de Esmirna eran más o menos lo que son los cristianos de ahora, sólo que Cristo los había limpiado con su propia sangre y había vestido sus almas desnudas con su justicia y, por tanto, El los veía a todos hermosos. Este mensaje a Esmirna me recuerda a mí la carta a los Filipenses; todo es bondad, todo amor. Así es el mensaje de Cristo a los cristianos de Esmirna; todo es misericordia, paz, dulzura, amabilidad y amor. Esmirna es todavía una de las ciudades más florecientes del Asia Menor; tiene 100.000 habitantes, y tiene varias iglesias y dos misiones en que hay ministros protestantes como los nuestros. Dios deja arder la lámpara allí donde Él desea.

1. Pero veamos ahora el *mensaje* que fue enviado a Esmirna, y notemos *el carácter que Cristo adopta allí*. Él adopta diferentes caracteres en cada uno de los mensajes a las siete iglesias; y es muy hermoso notar que Él adopta un carácter que es apropiado al caso en cada una de ellas.

A la iglesia de Éfeso dice: «Yo soy el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro», mostrando que Él puede quitar el candelero cuando le plazca. Y *aquí* Él adopta un carácter animador: «Estas cosas dice el primero y el postrero, el que estuvo muerto y volvió a la vida.» Notemos, en el primer capítulo del Apocalipsis, que Juan dice —cuando Jesús se le revela en Patmos, cuando «su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno»—: «Cuando le vi, caí como muerto a sus pies», y Jesús le dijo: «No temas», tal como solía decir cuando estaba sobre la tierra (recordáis que Él dijo esto a los discípulos en el mar de Galilea: «No temáis»); y aquí, cuando Juan desmaya, Jesús le anima diciéndole las mismas palabras: «No temas»; y cuando estaba en la tierra, Jesús acostumbraba extender su mano derecha, así que Juan dice que lo hizo ahora también: «Y puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas, yo soy el primero y el último.» Y Jesús dice aquí: «El primero y el postrero... dice esto.» Él era el primero en la creación, y Él será el último en ella, porque será el que la enrollará como un pergamino; es Él que hará todas las cosas nuevas; Él dice: «Haré nuevos cielos y una nueva tierra.» Y El es el primero y el último en la Providencia. A partir del momento en que nace un niño en el mundo. Cristo dirige todas las providencias que le suceden hasta el día en que muere. Y Él es el primero en la gracia; fue Él el que llevó a cabo

el plan de la salvación; y Él fue el último en ello; fue Él que dijo: «Consumado es.» Fue Él que puso la piedra de fundamento de esta iglesia, y Él que puso la piedra que la corona; y Él es el primero en la obra de gracia en el alma, y Él último en ella; El estará contigo en la hora de tu muerte. Es esto que nos da esperanza: «Estando confiados en esto, que el que ha empezado la buena obra, la terminará hasta el día de Jesucristo.» De nuevo, Jesús dice de sí mismo aquí: «estuvo muerto y volvió a la vida». ¡Cuánto ánimo nos da aquí el carácter que toma Cristo! Jesús *estaba* muerto. Ya no tiene que morir más, todo ha acabado. Es esto que da paz al alma despertada, el saber que Jesús *estuvo* muerto. Bien, pues, cristianos, estáis por completo seguros; la ira ya no puede alcanzaros, cada gota de la ira de Dios cayó sobre *su* cabeza. No tenéis ya motivos para temer que la ira caiga sobre vosotros, como no los tenéis para temer que caiga sobre vosotros una tempestad que ocurrió hace mil ochocientos años. Esto nos da gran paz. Pero hay otra cosa que da paz: Cristo estuvo muerto, pero *volvió a la vida*. Él resucitó, y ha sido aceptado, y ahora está a la diestra de Dios; y tenemos paz de esto, porque sabemos que seremos tan agradables y aceptables a la vista del Padre como es Cristo. Jesús dice: «Padre, quiero que los que Tú me has dado estén conmigo donde Yo esté; que puedan ver mi gloria, la gloria que me has dado; porque Tú me amaste desde antes de la fundación del mundo.»

2. Pero veamos *qué es lo que Cristo dice a la iglesia*. Tienen tres clases de problemas: «Sé tus

obras, y tu tribulación, y tu pobreza.» Una prueba raramente viene sola. Tenemos, pues, aflicciones (¿enfermedad?), tribulaciones, y la pobreza la acompaña. Pero como cuando los israelitas pusieron el árbol en el agua, en Mará, y las aguas amargas se volvieron dulces, creo que hay algo que hace lo amargo dulce; esto es, que hay mucha dulzura en la copa, y no se nota la amargura, porque Jesús dice: «¡Yo sé!» Es *Cristo* el que sabe; Él mide todo nuestro sufrimiento; Él no nos da demasiado ni demasiado poco. Y de nuevo Cristo dice: «Sé la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás.» Otra de las tribulaciones de los cristianos, y la tercera que Cristo menciona aquí, es Satanás, el diablo; ésta es la peor de todas ellas. La iglesia de Esmirna estaba muy atribulada, pero era la más pura de todas ellas; cuando se pone el oro al fuego, toda la escoria se marcha, y era así con los cristianos de Esmirna. Muchos de sus miembros fueron quemados en la estaca. Su obispo, Policarpo, un hombre precioso, recibió una muerte cruel: y no es que Satán no esté ocupado ahora, pero es, a veces, como un león rugiente, y otras como un ángel de luz.

Es verdad» que no tenemos persecuciones al presente, porque el diablo ahora está halagando a los hombres; los cristianos están mezclados con el mundo, la paja con el trigo. El pueblo de Cristo apenas se distingue del mundo, y, sin embargo, el mundo los aborrece como siempre: «No os extrañéis que el mundo os aborrezca.» Pero el diablo puede salir otra vez como un león rugien-

te buscando presa. Nuestras prisiones pueden volverse a llenar de cristianos.

3. Pero veamos ahora *los ánimos que Cristo les da*. Dice: «Sé tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero eres rico).» Más bien quisiera que Cristo dijera esto de mí que no que lo dijeran todos los sabios del mundo; más bien quisiera que Jesús me dijera: «Tú eres rico», que no que me lo dijera todo el mundo. Es más probable que *ellos* digan de los cristianos: «Son muy pobres; pero es porque son ciegos.» No tengo duda de que esta palabra de la Biblia hay muchos que no la creen, pero no por eso deja de ser verdad: «¿No ha escogido Dios a los pobres de este mundo, ricos en la fe, y herederos del reino?» Pero no nos equivoquemos; nunca iréis al cielo por el hecho de ser pobres; hay muy pocos de los pobres en mi iglesia que parezcan ser ricos en fe; y, ¡ay!, si no sois de Cristo, sois pobres miserables, y seréis miserablemente más pobres todavía; pero si sois ricos en fe, seréis herederos del reino. De nuevo Cristo dice: «No temas en nada lo que vas a padecer.» Oh, ésta es una palabra dulce: no temas en *nada*, no temas a ninguna de estas cosas, ni las más pequeñas ni las más grandes. Si estás firme en la orilla, notarás que algunas veces viene una ola pequeña, a veces una mayor; así es con las aflicciones, a menudo; Cristo envía una prueba pequeña para prepararte para otra mayor, pero no temas a ninguna de ellas. Si tuvieras que llevar las cargas tú mismo, quedarías aplastado; pero llévalas a Jesús, ponías sobre Él, y entonces tú pasarás por debajo de ellas y no tendrás que llevar nada. Creo que no hay

un solo cristiano aquí que no haya de sufrir en alguna forma; porque está escrito: «Sufriréis.» Pero no temáis; no temáis las tribulaciones ni la pobreza; no temáis los reproches, no temáis la persecución, no temáis *ninguna* de estas cosas que *vais* a sufrir.

Y aquí hay otra forma en que Cristo nos anima: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.» «El que venza, no sufrirá ningún daño por parte de la muerte segunda.» ¿La muerte segunda? ¿Hay dos muertes? Sí. ¿Has estado alguna vez en un lecho de muerte? ¿Has-visto los ojos que se desvían hacia atrás, los labios que tiemblan y las manos que se enfrían y se quedan inmóviles? ¿Has estado en el lecho de muerte de un pecador despertado, uno que grita: «¡Oh, si pudiera tener otro día! ¡Otra hora! ¡Otro momento!»? ¿O has visto a uno a quien le *obligaban* a morir? Pues bien, entonces esto es sólo una sombra de la muerte segunda. Cuando andas por el camino, y cuando el sol hace que veas tu propia figura, es sólo una sombra: la sustancia es la cosa real; y es, según los teólogos más sanos (y yo creo que es verdad), que Dios quiere que la primera muerte sea un tipo, una sombra, de la muerte segunda del alma sin Cristo; y si la primera, la sombra, es tan terrible, ¿qué será la segunda? ¿Cuando se estará muriendo eternamente y nunca se estará muerto; cuando se deseará morir, pero no será posible! Cuando ves a un enfermo con fiebre, está ansioso de beber agua, pero no puede tragarla; y esto es sólo un tipo de la sed ardiente de aquellos que mueren sin Cristo, cuando piden una gota de

agua para refrescar su lengua seca. Pero es muy diferente lo que le pasa al creyente; la muerte no es muerte para él, porque Cristo ha quitado el aguijón de la misma; para él es una entrada en la vida, y entonces no habrá dolor en la muerte segunda: pasará de largo, pero no le tocará. Y de nuevo Jesús dice: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.» Se la llama en un lugar una corona de oro, en otro una corona de justicia, en otro una corona de gloria, y aquí una corona de vida: ¡nunca se marchitará! Pero ¿qué es lo que significa ser fiel hasta la muerte? Es creer hasta el fin, creer hasta la hora de la muerte; y entonces, cuando Dios enjuga las lágrimas. Cristo pone la corona.

EXPOSICIÓN III

«Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo sé tus obras y dónde habitas, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y asimismo tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaitas, la que yo aborrezco. Por tanto, arrepíentete; pues si no, vengo a ti en seguida, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza, le daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, e inscrito en la piedrecita un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino el que lo recibe» (Apocalipsis 2:12-17).

Hablamos de Efeso; Cristo tenía contra ella que había dejado su primer amor, y El le quitó su candelero, y ahora no hay ni un cristiano en Efeso. Hablamos de Esmirna, en la cual ni aun el ojo de Cristo vio nada a reprender; y llegamos a Pérgamo, en la cual vio algo que podía aprobar y algo que reprender. Jesús dice de ella que es donde Satanás tiene su sede, o, como debería ser, su trono. Pérgamo era la capital de una de las provincias del Asia Menor; era una ciudad

muy floreciente; había muchas riquezas allí, y era allí que vivía el rey; era la sede de mucho conocimiento e ilustración. Había una biblioteca con doscientos mil libros. Era en Pérgamo que se hacía el pergamino, y de ahí el nombre. Era un lugar de riquezas, de realeza y de cultura, y, no obstante, allí estaba el trono de Satanás; y así ocurre con frecuencia, que donde hay riquezas o mucha sabiduría humana es donde se congregan los diablos. Jesús dijo de Esmirna: «Sé tus obras, y tribulación, y pobreza (pero eres rico).» Mas es muy diferente en Pérgamo. Cristo quitó el candelero de Éfeso, pero no hizo lo mismo con Pérgamo. Dijo: «Si no te arrepientes, iré a ti en seguida, y pelearé contra ti con la espada de mi boca»; y, así, Pérgamo persiste hasta este día. El último viajero que fue allí, en 1820, nos dice que había quince mil habitantes, y la décima parte de ellos eran nominalmente cristianos; que había dos iglesias; así que la lámpara está ardiendo allí, aunque con poca luz.

1. Pero veamos ahora *el carácter que Cristo adopta aquí*. Adopta siempre un carácter apropiado a la iglesia a la que escribe. Dice: «El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto.» Los antiguos teólogos afirman que esta espada de dos filos es la gracia; debido a esto dicen que la gracia no puede salir de ninguna otra boca salvo la de Cristo; y toman este pasaje: «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia sale de tus labios»; y éste, en el Cantar de los Cantares: «Tu boca es muy dulce, sí, y Él es muy hermoso.» Y la espada tiene dos filos; el uno redarguye de pecado, el otro da paz; el uno rasga

el velo que esconde tus pecados de ti mismo, el otro rasga el velo que esconde a Cristo de ti y te lo revela; un filo hiere el alma, el otro muestra al Médico y deja que su unguento curativo fluya sobre tu alma herida. Aquellos a quienes les guste la forma en que lo explicaban los antiguos teólogos pueden retener la idea. Pero ahora esta espada se considera como una espada de juicio. Leed conmigo el capítulo 19 del Apocalipsis, el versículo 11; «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llama Fiel y Verdadero, el cual con justicia juzga y pelea. Sus ojos son como llama de fuego, y sobre su cabeza hay muchas diademas; y tiene un nombre escrito que ninguno conoce sino él mismo. Está vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y Él las pastoreará con vara de hierro; y Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.» Dice aquí que de su boca sale la espada que golpeará a las naciones; y en el capítulo 4 de Hebreos, versículo 11, está escrito: «Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga, imitando este ejemplo de desobediencia. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intencio-

nes del corazón.» Lo que saco de esto es que Cristo tiene dos caracteres: Él es el Salvador, y también el Destructor; Él es el Salvador *ahora*, pero Él *un día* va a herir a las naciones. Lo que deseo es que *ahora* queráis ser redargüidos por esta espada y alcancéis la paz por medio de ella, y un día no tengáis que caer bajo *ella*.

2. Vayamos ahora *al encargo que Cristo da a la iglesia de Pérgamo*. Su peligro: «Yo sé tus obras y dónde habitas, donde está el trono de Satanás.» Esto es muy consolador, que un creyente no pueda ir a ningún lugar que Jesús no conozca. ¿Vives en una familia impía, un lirio entre muchos espinos? Cristo te dice: Sé dónde vives. ¿Vives en una vecindad impía? Cristo te dice: Sé dónde vives, donde está el trono de Satanás. El diablo tenía su trono en Pérgamo, y ¿no está también en esta ciudad? Él tiene su corte aquí; tiene muchos embajadores; empuña su cetro aquí. ¿Por qué muchos se muestran endurecidos a la palabra sino por el poder del diablo? ¿Por qué muchos se quedan lejos de la casa de Dios si no es por su poder? Se ha notado muchas veces que en muchos lugares, por amor a los cristianos que han estado en un sitio antes, Dios preserva allí una semilla. Así fue con Pérgamo; había algunos cristianos fieles allí, y hay todavía algunos cristianos; y ésta es, quizá, la razón por la que Dios está preservando unos pocos creyentes aquí, porque ha habido en un tiempo hombres fieles en este lugar: la lámpara sigue ardiendo todavía, aunque oscuramente.

3. Veamos *lo que Cristo dice en su elogio*. «Pero retienes mi nombre»: retienes firmemente

el nombre de Jesús; y de nuevo: «no has negado mi fe». Éste es el gran secreto, tener comunión de cerca con Dios; no hay nada que pueda dar tanto valor y audacia como esto. Se dice que la justicia es audaz como un león; mantente cerca de Cristo, aférrate a Él; o, mejor, deja que Él tenga tu mano. «Ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.» ¿Quién era Antipas? ¿Quién ha oído hablar de él? ¿Quién es? No se menciona su nombre en ningún otro libro, le hemos olvidado completamente; pero Cristo re»-cuerda su nombre, está escrito en su corazón. «¡Mi testigo fiel. Antipas!» Quizás hay algunos creyentes entre vosotros que son muy pobres —que nunca han ido más lejos que media milla de su casa— que cuando salen no ven ni a doce personas que vosotros podáis pensar que van a derramar una lágrima sobre la tumba de ellos; pero Jesús los conoce: Él ha escrito sus nombres sobre su corazón. Y con frecuencia me maravillo de que tan pronto nos olvidemos los unos de los otros. En nuestra pequeña compañía de cristianos algunos ya han sido llamados; y aunque a veces pensamos en ellos, cuando recordamos sus rostros y la forma en que escuchaban la palabra, pues eran muy buenos cristianos, sin embargo, ¡cuan poco los recordamos!, ¡cuan pronto los olvidamos! Esto es lo que quiere decir cuando manifiesta: «El justo será tenido en perpetua memoria»; que su nombre está escrito en el corazón de Jesús y que Él sabe su nombre: «¡Mi Antipas, mi testigo fiel!»

Pero Cristo tenía algo de que reprenderles.

«Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Ba-laam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación.» Ba-laam no se atrevió a maldecir a Israel cuando Dios le había bendecido, pero hizo que Balac pusiera una piedra de tropiezo delante de ellos. Y ¿no hay algunos de nosotros, algunos de *vosotros*, que tenéis respeto a las ordenanzas sagradas, la palabra predicada, el pan y el vino, que no os atrevéis a oponeros *abiertamente* a los cristianos, pero que ponéis barreras en su camino? «Y asimismo tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, que yo aborrezco.» Y ¿hay algunos de vosotros que tenéis en vuestra casa a algunos que no son cristianos? Padre, puede que vosotros seáis cristianos; pero si habláis sólo a vuestros hijos, sois como el viejo Eli, que hablaba a sus hijos, pero no les puso restricción. ¿Hay algunos de vosotros que tenéis por compañeros a los que sostienen la doctrina de los nicolaítas? Cuidado, éste es el pecado de Pérgamo. Decidles: «Apartaos de mí, porque Dios ha oído la voz de mi clamor.» Y ¿cuál es el juicio con que los amenaza Cristo? Dice: «Arrepentios, pues si no, vengo a ti en seguida, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.»

4. Y, finalmente, *¿cuál es la recompensa para los que venzan?* «Al que venza le daré a comer del maná escondido.» Hallaréis la explicación de esto en el capítulo 16 del Éxodo: «Y la casa de Israel lo llamó Maná; y era como semilla de culantro, blanco, y su sabor como de ho-

juelas con miel. Y dijo Moisés: Esto es lo que Jehová ha mandado: Llenad un omer de él y guardadlo para vuestros descendientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto. Y dijo Moisés a Aarón: Toma una vasija y pon en ella un omer de maná, y ponlo delante de Jehová, para que sea guardado para vuestros descendientes. Y Aarón lo puso delante del Testimonio para guardarlo, como Jehová lo mandó a Moisés. Así comieron los hijos de Israel maná cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada; maná comieron hasta que llegaron a los límites de la tierra de Canaán.» Y así Cristo es el maná escondido; El está escondido de nosotros *ahora mismo*, pero tendremos que comer del maná escondido, nos alimentaremos de Cristo. Él dice: Me daré a vosotros a mí mismo. ¿Y qué más podría darnos? Además: «Le daré una piedrecita blanca, e inscrito en la piedrecita, un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino el que lo recibe.» En los juegos de Grecia, los que ganaban la carrera recibían una piedrecita blanca, y había un nombre escrito en ella que nadie conocía sino la persona que lo recibía; y así, si *vencemos*, recibiremos una piedra blanca; pero la recibiremos *ya aquí*, porque ¿quién conoce la paz de que disfruta el creyente? Los otros no saben nada de ella; ningún hombre puede saber, sino aquellos cuyos pecados han sido perdonados, en qué consiste el tenerlos perdonados. El mundo cree que tenemos un temperamento sombrío o triste y no quiere unirse a nosotros; nuestro aspecto es solemne, pero ellos no cono-

cen la paz que hay dentro. ¡Oh!, pues, almas ansiosas, venid a Cristo, y tendréis también esta paz. Además los creyentes van a recibir una piedrecita blanca. ¡Oh!, ¿quién puede decir la paz que tendremos cuando Cristo ponga sobre nuestra cabeza una corona? ¡Oh!, ¿quién puede decir el gozo que embargará nuestro pecho cuando sintamos nuestros corazones limpios, cuando veamos que estamos vestidos de vestiduras blancas, de lino limpio y blanco, que es la justicia de los santos? Nadie puede conocer esta paz salvo el que la tiene. Los que están a la izquierda del Juez no saben nada de esto. Estamos en plena campaña ahora, pero ¿no vale la pena correr la carrera? Hemos de vencer, y comeremos el maná escondido, obtendremos una piedrecita blanca, y en la piedra un nombre escrito que nadie conocerá sino el que recibe la piedra.

EXPOSICIÓN IV

«Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llama de fuego, y sus pies son semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo sé tus obras, y tu amor, fe, servicio y paciencia, y que tus obras-recientes son más numerosas que las primeras. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jeza-bel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le di tiempo para que se arrepintiese, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y mataré con peste a sus hijos; y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la conciencia y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. Pero os digo a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido las profundidades de Satanás (como ellos dicen): No os impongo otra carga; no obstante, lo que tenéis, retened-lo hasta que yo venga. Y al que vence y al que guarda mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones, y las quebrantará con vara de hierro, como son desmenuzados los vasos del alfarero, así como yo también he recibido autoridad de manos de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 2:18-29).

Tiatira es mencionada sólo otra vez en la Biblia, y es mencionada de modo muy suave: es donde se nos da el relato de la conversión de Lidia y del carcelero. Dice: «Lidia era de la ciudad

de Tiatira.» Cuando Pablo predicó en Filipos, éstas eran, probablemente, las dos personas en que Pablo habría pensado menos; y, sin embargo, *estas dos* fueron las traídas a Cristo. Lidia era una forastera en la ciudad de Filipos; quizá si hubiera permanecido en Tiatira habría sido

seducida por esta mujer Jezabel, pero Dios la llevó allí, Dios siempre hace las cosas a su manera; se fija en los extraños; tiene el hilo de toda alma en su mano, y guía al alma, y la lleva al *mismo lugar* en que el Sol de justicia va a brillar sobre ella. ¿Ha hecho esto Dios contigo? ¿No ha recogido a algunos de vosotros que erais extraños? Dios, a veces, convierte a un alma en el seno de su propia familia, y a veces en un lugar extraño; y *siempre es un lugar dulce aquel en que el alma vio a Cristo por primera vez*- Éfeso había dejado su primer amor; Esmirna era pobre "y, peses a todo rica; Pérgamo estaba donde Sata-nás tenía su trono; y ahora llegamos a Tiatira. Todo lo que sabemos de ella es por los libros; no se dice nada de Tiatira en ningún otro lugar en la Biblia. Sabemos muy poco de ella, excepto a través de Cristo; sabemos que Él conoce la historia de todo lugar, y su historia *es siempre la verdadera*. Hay ahora cinco mil habitantes en Tiatira; las casas son casi todas de barro; la población fue tomada por los turcos y sigue bajo su posesión. Ya no se la llama con el nombre Tiatira, sino otro turco; pero hay todavía algunos cristianos allí. El último misionero que había, Mr. Parsons, dice: «Hay todavía alguna forma de piedad; hay dos iglesias, dos escuelas, y

hay algunos cristianos armenios y griegos que se reúnen el día del Señor.»

1. Pero veamos *el carácter que adopta Cristo aquí*. «El Hijo de Dios... dice esto.» A los que sois creyentes esto *es lo que os da paz, el saber que Jesús es divino*, el saber que es el Hijo de Dios; porque entonces sabéis que Él tiene toda la fuerza y todo el poder. «Su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte. Padre eterno, Príncipe de Paz.» Mantente adherido a tu *Divino Salvador*. Pero también es ésta una palabra de, tremendo poder para los no convertidos: el que Él sea el Hijo de Dios; el que sea infinito, incommovible, divino, una roca eterna.

Y luego los «ojos de Cristo son como llama de fuego». Si se pone leña en un fuego, éste pronto lo atraviesa; si se pone piedra, incluso a ésta quiebra; si se pone metal, lo funde: no hay nada que pueda resistir el fuego. Lo mismo los ojos de Cristo; lo penetran y atraviesan todo. Os dije esto *antes* de la Cena del Señor, que os probarais y os abstuvierais los que estáis sin Cristo; y ahora Dios me ha traído para deciros, una vez más, *después* de la Cena del Señor, lo mismo, por una razón diferente. Quisiera decir a los que sabéis que estáis sin Cristo: Recordad que los hombres miran sólo la apariencia externa, pero 'Cristo mira el corazón: Él no sólo *mira* el corazón, sino *penetra* el corazón, lo *escudriña*. Sabe cuáles son vuestros deseos y designios. Dice en el versículo 23 de este capítulo: «Y escudriño la conciencia y el corazón.» Y hay algunos que os mantenéis unidos a Cristo, pero que, al parecer, ya os habéis mezclado con el mundo. Los ojos de

Cristo os ven; Él tiene ojos como llama de fuego. Él os *sigue*. Los que sois cristianos, *quisiera* que fuerais más como *Cristo*; que no tomarais sólo parte de Cristo. Os gusta pensar en sus ojos como eran en la Tierra; os gusta pensar en El como cuando lloró sobre Jerusalén, cuando estaba junto a la viuda de Naín, cuando estaba junto a la tumba de Lázaro; porque está escrito: «Y Jesús lloró.» Y no permita Dios que os desvíe de pensar en la compasión de Cristo; porque es grande. Nadie puede imaginar la compasión que El tiene, la compasión *infinita* que hay en Él; especialmente para aquellos que no le aman, sus ojos están, podríamos decir, bañados de lágrimas. Pero quisiera como cristianos que recordarais, también, que los ojos de Cristo son como una llama de fuego.

Y también: «los pies de Cristo son semejantes al bronce bruñido Pero ¿por qué son como bronce? Para poder hollar. Os gusta pensar en Cristo como pensaba Isaías cuando dice: «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: Tu Dios reina!» O hacer como hicieron las dos Marías, que se abrazaron a sus pies, y como la mujer que había sido pecadora; pero los pies de Cristo son también como bronce que pisotea a sus enemigos.

En Miqueas está escrito: «Levántate y trilla, hija de Sión, porque haré tu cuerno como de hierro, y tus pezuñas de bronce, y desmenuzarás a muchos pueblos; y consagrarás a Jehová su botín, y sus riquezas al Señor de toda la tierra.»

Acostumbraban a poner bronce en las pezuñas del ganado y los enviaban a trillar el trigo; y Cristo alude a esto también aquí. En el capítulo 63 de Isaías está escrito: «¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosrá, con vestidos rojos?, ¿ése que es hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, poderoso para salvar. ¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en el lagar? He pisado el lagar, etc.» Y en el capítulo 19 del Apocalipsis se dice que cuando Juan ve a Cristo: «Sus ojos son como llama de fuego, y sobre su cabeza hay muchas diademas; y tiene un nombre escrito que ninguno conoce sino Él mismo; está vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS.»

Ahora bien, ¿qué aprendemos de todo esto? Que Cristo no sólo es un Salvador, sino también un Vengador. Él es la sombra de una gran roca, donde el alma fatigada puede hallar reposo; y para aquellos que no tienen donde cobijarse, dice: «Yo te aconsejo que compres de mí vestiduras blancas, para que puedas cubrirte, y no se vea la vergüenza de tu desnudez»; pero El es también un *Vengador*: Él va a hollar, Él va a pisotear a los que están *sin Cristo*, y la sangre de ellos va a manchar su vestido. ¡Cuánto mejor es tomar a Cristo, cuando viene a nosotros con los pies hermosos sobre los montes, que cuando viene con los pies de bronce como un vengador!

2. Veamos ahora *cuál es el carácter que adopta Cristo con respecto a Tiatira*. El pueblo de Tiatira me recuerda los higos de Jeremías: los buenos entre ellos eran muy buenos, pero los

malos eran muy malos. Miremos primero la parte buena. Jesús dice: «Sé tus obras» —hemos hablado de esto antes— y «amor», se dice de la mujer que era pecadora, que se le perdonó mucho porque amó mucho. ¿Amas tú mucho? El fruto del Espíritu es amor —la fe resulta en amor—. Entre todas las gracias de que se habla en el capítulo 5 de galatas, el amor es la que se menciona primero. Los brotes de los árboles, cuando se abren las hojas en primavera, son de un hermoso color verde; así, el amor es el primer brote de la rama que está unida a la vid, el primer brote del alma que está unida a Cristo. ¿Puedes decir: «Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo»? «En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros.» «Hijitos, amaos unos a otros.» Sé tu amor y «servicio». Los cristianos se ayudan los unos a los otros. Cuando Jesús lavó los pies a sus discípulos, dijo: «Si, pues, vuestro Señor y Maestro os ha lavado los pies, vosotros también tenéis que lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo para que hagáis lo mismo que yo he hecho.» ¿Conocéis el significado de esto? Creo que hay algunos de vosotros que, aunque pensarais durante cien años, no lo descubriríais; si tuvierais amor, entonces conoceríais el significado de «debéis lavaros los pies los unos a los otros». «Si alguno quiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios.»

Y de nuevo; sé tu «servicio y tu fe». Es extraño que Cristo mencione el amor y el servicio antes que la fe. Es precisamente porque, cuanto

más amor y servicio se tiene, más fe se tiene. Cuando un árbol crece más alto, es que tiene las raíces más profundas; necesita estar más arraigado en la tierra; así, cuanto más amor tengas, cuanto más hagas, más fe tendrás, las raíces irán más profundas. Y tu «paciencia»; cuando un marinero está agarrado a una roca, cuando vienen las olas una tras otra y tratan de arrastrarle, él persiste aún más en agarrarse firmemente a la roca. ¿Por qué? Porque le va en ello la vida. Así, los cristianos han escapado a las olas negras de este mundo: cuando se agarran a la roca, las olas vuelven y tratan de arrastrarlos y llevárselos en su torbellino. ¿Qué significa esto para ti? Te hace perseverar más, hace que te agarres más firme a la Roca —te adhieres más a Cristo— y resistes hasta el fin. ¿Por qué? Porque en ello te va la vida.

«Y tus obras; las obras tuyas recientes son más numerosas que las primeras.» ¿Son *tus* obras recientes más que las primeras? ¿Estás haciendo más después de este sacramento que lo que hiciste después del sacramento anterior? Pero *hay* algunos de vosotros, lo sé, cuyas obras recientes *son* más que las primeras. Efeso dejó su primer amor, y Cristo le mandó que se arrepintiera en seguida, y hacer las primeras obras; ¡*cuánto más bendito* es que el Salvador nos diga: Tus obras recientes son más numerosas que las primeras! «Él murió por nosotros para que vivamos, no para nosotros, sino para aquel que murió por nosotros y resucitó.»

3. Vayamos ahora a lo que Cristo les reprende. Está escrito: «No quiero que una mujer en-

señe, ni usurpe la autoridad del hombre, sino que quede en silencio.» Todos los hombres de Dios no han llegado a la conclusión de que una mujer no debe hablar en público en la iglesia; y si se lee la Biblia con la mirada de un niño, sin prejuicios, se ve quería mujer no debe enseñar. Esta Jezabel era una *mala* mujer: «Tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.» Ahora bien, ¿qué es lo que debían haber hecho? Denunciarla públicamente. Oponerse a ella. ¿No hay jezabeles entre nosotros que tratan de seducir a los siervos de Cristo? Voy a mencionar una circunstancia que ha ocurrido en este tugar, y lo hago por amor a los hijos de Dios que han sido seducidos. Últimamente nos sentamos a la mesa del Señor, y ¿nos dejó en paz el diablo? ¡Oh, no! Escuchamos lo que se llama un oratorio de la capilla del papa; ojalá que no supierais lo que esto significa. Es tomar algunos pasajes de la palabra de Dios, ponerles música y cantarlos personas profanas; toman las palabras más dulces de la Biblia; las mismas *palabras que son vida para un creyente*. ¿No son esto las profundidades de Satanás? Hemos de poner nuestro rostro frente a estas cosas. ¿Estar aquí con la *copa del Señor* en las manos, y luego ir y tomar la copa del diablo; estar en el *templo del Señor*, e ir y sentarse en el templo de los ídolos? «Y le di tiempo para que se arrepintiese, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.» Ved la paciencia de Cristo. *Vosotros* tenéis también tiempo para arrepentiros. Pero ¿cuál es

el juicio de Cristo?, ¿qué es lo que hará? «Mataré con peste a sus hijos.» ¡Qué espantoso! ¡La muerte!

Pero ¿cuál es el mensaje? «Al que vence y al que guarda mis obras hasta el fin.» Luchemos, sigamos adelante, cristianos, sin temer a hombre alguno; y no basta guardar las *palabras* de Cristo hasta el fin, hay que guardar sus *obras* también hasta el fin. «Le daré autoridad sobre las naciones, y las quebrantará con vara de hierro, como son desmenuzados los vasos del alfarero, así yo también he recibido la autoridad de' mi Padre.» No sé lo que será esto. Cristo dice: Te pondré sobre un trono; y luego dice: ¿No sabéis que habéis de juzgar a los ángeles? Y aquí dice que nos dará poder y autoridad sobre las naciones. No sé lo que significa, pero será una gran gloria.

Y, finalmente, la recompensa: «Y le daré la estrella de la mañana.» ¿Qué es esta estrella? Es Cristo: «Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana.» Balaam dice: «Saldrá una estrella de Jacob, y un cetro se levantará en Israel.» Cuando vemos la estrella de la mañana en el oriente, decimos que está a punto de salir el sol. Así, cuando vemos la estrella de la mañana que se levanta sobre un alma, decimos de esta alma: «Pronto saldrá el sol sobre ella, pronto le amanecerá la aurora.» Pero Cristo dice que nos *dará* la estrella de la mañana, que es El mismo; dice que nos dará de comer del árbol de la vida, que es Él mismo; dice que nos dará de comer el maná escondido, que es Cristo escondido; y aquí dice que nos dará la «estrella de la mañana». Él

es nuestro Salvador *ahora* mismo, y será nuestro Salvador entonces, cuando estemos con Él en la gloria en los confines del otro mundo, cuando estemos allí donde no hay noche, donde siempre será de día; Jesús nos dará la estrella de la mañana.

EXPOSICIÓN V

«Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo sé tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y consolida lo que queda, lo que está a punto de morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Recuerda, pues, cómo has recibido y oíste; y sigue guardándolo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como un ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venza será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 3:1-6).

Llegamos ahora a Sardis. De todas las iglesias, creo que ésta es la que se aplica más a nosotros. Es maravillosa la forma en que hay algo en cada iglesia que se nos aplica, como si Cristo hubiera puesto nuestro nombre en vez del de ellas; pero el mensaje de Sardis parece que se nos aplica más que el de las demás, porque tenemos nombre de que vivimos, y estamos muertos.

1. Notemos *el carácter que adopta Cristo aquí*. Primero; «El que tiene los siete espíritus de Dios.» ¿Cómo tiene el nombre de los siete es-

espíritus de Dios? Sí miramos al primer capítulo del Apocalipsis hallaremos la explicación: «Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra.» Hay una bendición aquí del *todo* de la Deidad. Cristo tiene los siete espíritus de Dios. Siete es un número usado con frecuencia en la Biblia; y en hebreo significa *lleno*. Así, Cristo tiene el pleno Espíritu de Dios: tiene el Espíritu para *sí mismo*. Dios se lo dio sin medida; Jesús no lo tiene como sus hermanos o sus compañeros; porque «Tú le has ungido con óleo de alegría por encima de sus compañeros.» Y algunos recordarán donde dice: «Yo el Señor te he llamado en justicia, y tomaré tu mano; y te guardaré y te daré por pacto al pueblo, como luz a los gentiles.» Aunque Cristo había de entregar su vida, sin embargo necesitaba que Dios le sostuviera; y, como si se hubiera retraído de ello, Dios le anima como a un hijo que ha de atravesar una corriente, y dice: «Padre, no me atrevo a atravesar»; y su padre le contesta: «No temas, hijo; te sostendré con la mano.» Así, Dios dice a su Hijo: «Te sostendré con la mano, y te guardaré.» Y Cristo dice en Isaías: «El Espíritu del Señor Jehová está sobre mí, porque me ha ungido Jehová para llevar buenas nuevas a los pobres, para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel», etc. El *Padre* ministró a Cristo, el *Espíritu* ministró a Cristo, y

los *ángeles* ministraron a Cristo. Cristo no sólo tenía el Espíritu para *si mismo*, sino también para *nosotros*; de modo que podemos venir y tomarlo en su plenitud, gracia por gracia. «Rogaré a mi Padre, y Él os dará otro Consolador, el cual estará con vosotros para siempre: el Espíritu de la verdad.» «No os embriaguéis con vino, en el cual hay libertinaje, sino sed llenos del Espíritu Santo.» Hay una plenitud *infinita* en Cristo; de modo que podemos venir y beber *continuamente* de esta fuente; y recordemos que está escrito: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» Segundo; *Él tiene «las siete estrellas»*. Cristo adoptó el mismo carácter de su mensaje a Efeso, y vimos que las siete estrellas eran sus ministros. Primero, Cristo tiene las estrellas en su mano derecha, *a fin de poderlas dar*. Nosotros necesitamos ministros en este lugar, y creo en mi corazón que es Dios el que nos estimula a ello. Ahora, si queréis esperar a Cristo que os dé las estrellas, habrá menos planes entre los hombres y, puedo decir, entre *vosotros*. Esperad *más* de la mano de Cristo; menos de los hombres: oremos a Cristo que nos dé estrellas de su mano derecha. Y segundo. *Cristo hace que brillen*. Cuando tenéis un ministro, quizá, después de venir a la iglesia, decís: «Estoy muy decepcionado con este hombre; realmente no he oído nada hoy»; y es, quizá, verdad; pero los ministros sólo brillan en la medida en que Cristo abre su mano y les deja brillar. Nuestro cielo es muy oscuro ahora; y si esperamos que haya estrellas que

brillen más, hemos de esperarlos de la mano de Cristo. Y tercero, *Él nos los quitará*. Es *Cristo* quien pone las estrellas en su lugar, y es *Cristo* el que las quita y las pone en otro lugar o se las lleva al cielo definitivamente. Cristo quitó el candelero de Éfeso; y si no sois piadosos, creo en mi corazón que Cristo quitará las estrellas. Usad la luz en tanto que la tengáis: «Sed hacedores de la palabra, no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.» Tenéis luz ahora, es posible que no la tengáis el mes próximo; *seguid a los ministros*, siempre y cuando ellos sigan a Cristo: seguidlos siempre y cuando sean la estrella de Belén que os guíe al lugar en que yace el niño.

2. *Veamos lo que Cristo tiene que reprender en Sardis*. Dice: «Sé tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.» Es posible que todos en Sardis fueran a la iglesia, y aunque hay miles en este lugar que tienen nombre de que viven que nunca entran en la casa de Dios, todavía hay muchos que venís a la iglesia, que asistís a las reuniones de oración y que tenéis nombre de que vivís, pero estáis muertos. ¿Dónde está el cristiano que tiene fe viva? ¿Dónde está el cristiano que tiene un amor vivo que arde en su pecho para Dios? ¿Dónde está el cristiano que tiene un servicio vivo, amable, afectuoso para los hermanos? ¡Oh, cuan diferentes de los indios de Brainerd! Deberíais estar dispuestos a distribuir, deseosos de comunicar. ¿Dónde hallaremos una Dorcas, llena de buenas obras y de limosnas? ¿Dónde hallaremos los que, cuando lloraban a sus hijos, todavía esta-

ban quietos y sabían que hay Dios? ¿Dónde están aquellos que, cuando estaban afligidos, decían: «Está bien»?

a) *El dulce consejo de Cristo*. «Sé vigilante, y consolida lo que queda, lo que está a punto de morir, porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.» Había algunos que habían quedado en Sardis; y, así, hay también algunos aquí que están dispuestos a morir; hay algunos de vosotros que parecéis avivados el domingo, o en la reunión de oración, o quizás os despertáis' en el mismo estado por la mañana; pero la viveza va desapareciendo durante el día. Sois como una flor marchita, o como un niño enfermo a punto de morir. Ahora, «consolida lo que queda». «¡Oh Efraín!, ¿qué haré contigo? ¡Oh Judá!, ¿qué haré contigo? Porque tu bondad es como la nube de la mañana, como el rocío temprano que se evapora.» Sois como aquellos que reciben la Palabra con gozo, pero no teniendo raíz no podéis resistir mucho tiempo; porque después, cuando viene la aflicción y la persecución por causa de la Palabra, inmediatamente os sentís ofendidos.

Segunda instrucción: «Sé vigilante.» El diablo está vigilando, el mundo está vigilando, y ¿por qué *vosotros* no estáis vigilando? Arrebatad el cielo con violencia: «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha.» Si estuvierais andando por la noche con una vela y hubiera tormenta, ¿no la recubriríais con las manos alrededor, para que el viento no la apagara? Y así tendríais que hacer con la vela que casi está apagada en vues-

tro pecho; deberíais vigilar, para que no entréis en el mundo y alguna ráfaga apague la vela. Sois como la caña cascada o el pabilo que humea; y Dios no va a quebrar la caña cascada, ni apagará el pabilo que humea; ved que no lo hagáis *vosotros*.

Recordad la mujer de Lot; se desvió un poco del camino, pero luego miró hacia atrás. Recordad lo que sentíais antes, que un tiempo recibisteis y oísteis la palabra, y no olvidéis la palabra de Cristo: «Sigue guardándolo y arrepiéntete.»

b) *El castigo*. «Pues si no velas, vendré sobre ti como un ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti.» En Esmirna, en Pérgamo y en Tiatira había todavía cristianos, pero en Efeso y en Sardis ya no hay ninguno. En el año 400 de nuestro Señor, Sardis fue tomada por los godos; y ahora es llamada Sarte. Mr. Pliny Fisk, el último misionero que estuvo allí, en 1820, dice que es un lugar miserable; la gente son principalmente pastores, y las casas son de barro. Fue en un domingo que estuvieron allí, y dice: «Leímos el mensaje a la iglesia de Sardis, y luego el relato del Día del Juicio (Mateo 25). No pudimos por menos de llorar mientras cantábamos el Salmo 74 y orábamos entre las ruinas de Sardis.» Hubo un tiempo en que había allí quienes alababan al Señor, y ahora no hay *un solo cristiano* en aquel desgraciado pueblo de Sarte. Así, como veis. Cristo fue allí y quitó la estrella de Sardis; y si no os arrepentís, puede hacer lo mismo con vosotros; y puede venir un día en que los viajeros pasen por *aquí* y lloren cuando piensen que en este lugar había

antes cristianos que se reunían para alabar al Señor. «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y para siempre.»

3. Vayamos *ahora a los pocos que había en Sardis*: «Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras.» Somos sólo unos pocos; pero, no obstante, haremos una compañía que ninguno puede contar. Los cristianos son siempre como un lirio entre muchas espinas. Observa que Jesús nunca omite aunque sea *un solo cristiano*: ¡el Señor conoce a Antipas! Y hay algunos aquí, que andan por las calles, que no han manchado sus vestiduras. Somos colaboradores de vuestro gozo, y vosotros nuestro gozo y corona de regocijo.

4. Veamos *ahora la promesa para aquellos que venzan*. 1." «Andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos.» 2." «Estos serán vestidos de vestiduras blancas.» 3." «No borraré su nombre del libro de la vida.» 4." «Confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles.» Es el mismo vestido que tenemos aquí, el mismo vestido blanco que tendremos allí. ¡Toda la otra sangre deja el color rojo; pero *esta* sangre deja color de nieve! Y andaremos con Cristo; andaremos con Él como *compañeros*: «A partir de ahora os llamaré amigos, no siervos.» Andaremos con Él como *hijos*; Él dirá: «Aquí estoy con los hijos que me has dado.» Andaremos con Él como *hermanos*; Él es nuestro Hermano. Andaremos con Él como nuestro *esposo*. «¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?» Su mano izquierda está debajo de mi cabeza; seguiremos al Cordero por don-

dequiera que vaya. Hubo una niña cristiana a quien preguntaron, cuando estaba muriendo, por qué era tan feliz. «Porque —dijo— voy a estar con Cristo.» «Pero —le dijeron— quizá Cristo dejará el cielo.» «¡Ah!, entonces —contestó— yo también dejaré el cielo y me iré con Él.» Este es nuestro cielo, estar con Cristo; le veremos cara a cara. «Y de ambos lados me siento apremiado, deseando partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.» «Y a ella se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente, porque el lino fino es las acciones justas de los santos.» «No os alegréis de que los espíritus se os sujeten, gózaos más bien de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.» Hay algunos que están sentados aquí que ahora andan con Cristo vestidos de blanco. ¿Va Cristo a borrar en algún caso el nombre de alguno que está en el libro de la vida? Sí. Pero los que venzan no serán borrados del libro de la vida, sino que Él confesará su nombre delante de su Padre y de sus ángeles. Hay algunos aquí que están contentos en considerarse como religiosos, y, como dice Cristo, tendrán su recompensa. Y hay otros que tendrán que recibir reproche; y cuando caigáis en pecado, algunos de los que os miren, no van a considerar que seáis cristianos; pero *Cristo* os conoce, y a todos los que venzan, Él los confesará delante de su Padre y delante de sus ángeles. ¡Que esto sea el destino de muchos!

EXPOSICIÓN VI

«Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre. Yo sé tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. Mira, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que dicen que son judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. Mira que vengo en seguida; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venza, yo lo haré columna en el santuario de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Je-rusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 3:7-13).

Llegamos ahora a *Filadelfia*, que pasa sin re-"prensión de los labios de Cristo. Esmirna fue la otra iglesia en la cual Cristo no halló ninguna falta. La miró viendo en ella su propia justicia; y aun los ojos de Él, los ojos que son como una llama de fuego, no vieron ninguna mancha, y es en extremo notable que las dos existan todavía. Éfeso dejó su primer amor, y el trigo crece sobre

sus ruinas; y hay sólo un cristiano en el pueblo, en uno de los extremos donde estaba Éfeso; pero Esmirna y Filadelfia todavía existen. Es muy notable ver por estas dos, que *a todo aquel que guarda la palabra de Cristo, El le guarda*. Las dos iglesias estaban sufriendo, y tenían todavía que sufrir más persecuciones. Esmirna era el lugar en que se dice que había judíos, pero no lo eran de verdad, sino que eran la sinagoga de Satanás; y Cristo les dice: «No temáis lo que os puedan hacer sufrir.» Y en Filadelfia había los que se decían judíos, pero no lo eran, sino que mentían. En Filadelfia hay 2.000 habitantes, y de ellos, 800 son cristianos profesos; hay los restos de veinte iglesias antiguas, y se celebran cinco servicios divinos en cinco de las iglesias. Habéis oído que el incrédulo Gibbon dice: «Filadelfia todavía queda en pie: una columna en escena de ruinas.» Incluso el incrédulo da testimonio de la verdad de Cristo.

1. Veamos *el carácter que adopta Cristo aquí*. «Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.» Esto parece ser sacado de la visión del capítulo primero, cuando Juan estaba en el Espíritu en el Día del Señor, y oyó tras sí una gran voz, como de una trompeta. Dice: «Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y al volverme vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que le llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro»; esto es, «el que es verdadero»; y luego, en el versículo 14: «Su ca-

beza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego.» Es para mostrar la pureza de Cristo: «el Santo». Y en el versículo 18: «El que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos. Amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.» Esto es: «el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre». Nuestro Salvador es un Salvador santo. He conocido a personas que no pueden acudir a Dios, pero que creen que pueden acudir a Cristo; piensan que es un Salvador indulgente, y que va a dejar pasar ciertas cosas. ¡Oh, no! Cristo es santo, *no puede permitir ningún pecado*) si El lo hubiera tolerado, no habría venido y muerto; y si El lo hubiera tolerado, nosotros podríamos haber sido tomados en su seno, sin necesidad de que Él se hubiera ofrecido a sí mismo. Pero El no puede tolerar el pecado: es un Salvador santo. Es verdad, Cristo anhela que seamos salvos, y Dios también. Ven a Jesús y ven al Padre. Padre, Hijo y Espíritu aman tanto al mundo que entregan a Cristo a la muerte por los pecadores. Jesucristo es un Salvador verdadero; «de otro modo, os lo hubiera dicho». Él nos lo hubiera dicho. Cristo nunca dejó de decir lo que es verdadero: ven libremente, con confianza, a Él; Él es verdadero.

¿Hay aquí almas despertadas, ansiosas, que quisieran aceptar a Cristo como su Salvador? ¡Ahora podéis aceptarle, podéis descansar en Él; es Él que os dará descanso; podéis edificar sobre este fundamento, porque Él es completo, es infinito. Él es una roca!

Y Él «tiene la llave de David». El significado de esto lo hallaréis en Isaías, en el capítulo 22, versículo 15 hasta el fin. «Jehová de los ejércitos dice así; Ve, entra a este tesorero, a Sebna el mayordomo, y dile», etc. Éste era un mensaje enviado a Sebna, el tesorero del palacio del rey, para decirle que se le quitaba el cargo, que sería llevado en cautiverio, que el cargo había que darlo a Eliaquim, que es el que debía tener la llave sobre su hombro. Esto significaba que el sacerdocio levítico iba a ser llevado en cautividad; y que Eliaquim es el tipo de Aquel que iba a ser una clavija en un lugar firme, y de la cual todo había de colgar o depender, y en cuyo hombro había de poner la llave de David, a saber, *Jesús*, de quien está escrito: «Un niño nos ha nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro; y su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte. Padre eterno, Príncipe de paz.»

La llave usada en aquellos días, y que todavía se usa en Egipto, no era como la llave que usamos, sino que tenía la forma de una hoz, la forma de una constelación de estrellas en el cielo que es como la hoz; era una llave muy grande, hecha de madera; y la llevaban sobre el hombro; todos los cerrojos y barras estaban dentro, y la llave se ponía desde dentro y los abría.

Se lee en el Cántico de Salomón: «Mi amado puso su mano en el agujero de la puerta.» El mayordomo de la casa llevaba sobre el hombro una llave de plata o de marfil; Cristo tenía la llave en su hombro; El tiene la llave de gracia. Él tiene la llave de la providencia, Él tiene la

llave de la gloria. Él tiene las llaves del infierno y de la muerte; Él es la Cabeza sobre todas las cosas en la Iglesia.

Él tiene la llave de la *gracia*; porque Él viene y está a la puerta del corazón, y abre las barras. Ahora bien, ¿con cuánta frecuencia, cuánto tiempo ha estado Él en vuestro corazón? Incluso hasta que el rocío ha caído sobre su cabello que está mojado. Hay algunos cuyo corazón está lleno de cerrojos y barras, y están decididos a no dejar entrar a Cristo. Hay la barra del amor al, pecado; la barra del orgullo, de la vanidad; la barra del amor al mundo; la barra del temor del hombre, la barra del temor de los compañeros; pero si Cristo usara la llave de la gracia, todos los cerrojos y barras saltarían. ¡Qué Él se os revele, lleno de gracia, un Salvador divino!

Cristo tiene otra llave, la llave de la *Providencia*. Algunas veces sientes aflicciones numerosas, que la puerta está cerrada, que no puedes salir. Pero Jesús tiene la llave; Él puede hacer incluso que la ira del hombre redunde en alabanza suya, y el resto de la ira Él puede restringirlo. ¡Oh, confía en Él! «Todo el poder me es dado en el cielo y en la tierra.» Por ejemplo, nosotros podemos edificar en esta ciudad nuevas iglesias; y necesitamos ministros, y es posible -que temamos que no tengamos éxito; pero confiemos en Cristo, sigamos adelante con fuerza, sigamos adelante en poder, sigamos adelante en simple fe, mirando a Jesús.

Y Cristo tiene la llave de la *gloria*. Cuando un siervo fiel de Cristo muere, algunos dicen: ¡Qué misteriosos son los caminos de Dios! Di-

cen: «¡Padre mío, padre mío, los carros de Israel y sus jinetes!» Pero Cristo no usa las llaves para abrir hasta que sea el momento.

2. Veamos ahora el *caso de la Iglesia*; pero primero *demos una mirada a su carácter*: «Sé tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre.» Cuando los viajeros solían venir de países lejanos a Escocia, la llamaban Filadelfia, lo cual significa amor de hermanos. Esto era un tiempo en que en Escocia había un ministro por cada mil personas, cuando cada niño podía leer la Biblia y cuando no había necesidad de Escuelas Dominicales, porque en cada familia había una escuela dominical. No somos una *Filadelfia* ahora, sino más bien una *Laodicea*. Los viajeros acostumbraban a decir cuando miraban a Escocia; Es como un campo de trigo en medio de lirios, como un palacio de plata, una Filadelfia.

Pero ¿qué dice Cristo a la Iglesia? «He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar.» En la Epístola a los Colosenses, Pablo dice: «Orando también al mismo tiempo por nosotros para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo.» Es Cristo el que abre la puerta a los ministros, y ningún hombre puede cerrarla. En 2.ª Corintios, Pablo dice que el Señor le abrió una puerta. Y hay otro significado de esto; en el libro de los Hechos de los Apóstoles, en el capítulo 14, versículo 27, está escrito que Dios abre la puerta de la fe a los gentiles.

Y Cristo ha puesto delante de *vosotros* una puerta abierta. Fue Cristo el que puso la piedra del fundamento de su Iglesia, y es Cristo el que pondrá la piedra que la corone. Si alguno ha sido despertado aquí, es Cristo el que lo ha hecho; si algo ha sido enseñado dentro de estas paredes, es Cristo que lo ha hecho; si alguno ha conseguido tener un gozo más pleno, es Cristo que lo ha hecho. Démosle a Él la gloria. Él ha puesto delante de vosotros una puerta abierta, y aunque muchos están ansiosos de cerrarla, ningún hombre puede cerrarla.

«Porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre.» ¡Sólo un *poco* de fuerza! Vimos el domingo pasado que un poco de fe salva un alma. Un grano de mostaza es muy pequeño, y así la fe, como un grano de mostaza, es muy pequeña, pero es muy preciosa; una gota de gracia es muy pequeña, pero es muy preciosa; esta poca fuerza es muy preciosa, porque salva el alma. ¡Ojalá que tuvierais esta poca fuerza, que tuvierais este grano de fe! No despreciéis el día de las cosas pequeñas; y cuando veáis a uno que tiene poca fe, no por esto debéis evitar su compañía; esto no es lo que habría hecho Cristo. «Recibid al que es débil en la fe, no para contienda y disputas.» Tened cuidado de no ofender a ninguno de estos pequeñitos. Porque todo el que ofende a uno de estos pequeños que creen en Mí, mejor sería que le ataran una piedra de molino en el cuello y le echaran al mar.» «Has guardado mi palabra.» Si estáis unidos a Jesús, amaréis lo que Él dice: «Si alguno me ama, guardará mis palabras; y el Pa-

dre le amará, e iremos a Él y haremos con Él morada.»

Hay *dos* razones por las cuales debéis tener paciencia. Primera: Necesitáis tener paciencia *si queréis guardar vuestras almas hasta el fin*. «Porque la paciencia os es necesaria para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, podáis recibir la promesa.» El que persevere hasta el fin, éste será salvo, y sólo éste. Adherios al Señor con pleno propósito del corazón. Y segunda: Necesitáis paciencia *para guardar la palabra referente a la venida del Señor Jesús*. «Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando sea revelado el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia, cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros).» *Esperemos su aparición*. «El Señor no retarda su promesa, segun algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche; en el cual los cielos desaparecerán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.» «Y no has ne-

gado mi nombre.» Lucas escribió a Teófilo para que éste pudiera saber con certeza las cosas sobre las cuales él había sido instruido. Cuanto más profundas son las raíces de un árbol, más extiende sus ramas; cuanto más profundamente estás fundado en Cristo, más confiado y audaz serás. Mantente adherido a la palabra de Cristo, y no negarás su nombre. ¿Te pertenece este carácter? Que el Señor haga de este lugar una pequeña Filadelfia en medio de una extensa Sardis.

3. *Notemos ahora las promesas*. «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la Tierra. Mira que vengo en seguida. Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.» ¡Qué gloriosa promesa de Jesucristo, que Él guardará a aquellos que guarden su palabra! Nótese que en estos tiempos difíciles van a ser probados los que viven en la Tierra. No conozco cuándo serán estos tiempos, pero creo que van a ser pronto. El Señor está a la puerta. Cristo dijo hace 1.800 años: «He aquí, yo vengo presto»; y si lo dijo entonces, sin duda Él va a decir ahora: «He aquí, yo vengo al instante.» James Renwick dijo antes de su muerte unas palabras que son un aviso muy serio, semejantes a las de Cristo. Dijo: «Vendrá un día en que se dirá; Dichosos los que murieron en el cadalso.» Mantengámonos firmes *ahora* a la palabra de Cristo, tengamos una fe firme, y seremos guardados en aquellos tiempos. Ved, será sólo un tiempo corto; es casi la noche; es casi la

hora; falta sólo un momento. «Ven, pueblo mío, entra en tu cámara y cierra la puerta; escóndete un momento, hasta que la indignación haya pasado.» «Su ira sólo dura un momento; su favor es vida; el lloro puede durar toda la noche, pero el gozo viene por la mañana.» El Padre que nos dio a Cristo es mayor que todos; ninguno podrá arrebatarlos de su mano.

4. *Demos una mirada a la recompensa que ofrece Cristo.* «Al que venza, yo le haré columna en el santuario de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo de mi Dios, y mi nombre nuevo.» Preferiría estar sentado en el umbral y ser portero de la casa de mi Dios, que residir en las tiendas de maldad. Había dos columnas en el templo de Salomón; la una era llamada Jachin, esto es, «El será establecido»; y la otra se llamaba Boaz, esto es, «en ella hay fuerza». Hay algunos de vosotros que de buen grado seríais piedras en el templo; pero Cristo dice de algunos que Él los hará *columnas*; hay algunos de vosotros que estaríais contentos si pudierais *entrar*, pero Cristo dice que *no vais a salir más*. «Y escribiré sobre él el nombre de mi Dios.» Incluso aquí, uno dice; Yo soy del Señor; y otro se llama a sí mismo por el nombre de Jacob; y otro firma con su mano que es del Señor, y se apellida por el nombre de Israel. Pero entonces, ¡con cuánta certeza se hará esto, cuando el Señor, Cristo, escribirá sobre nosotros el nombre de su Dios! Aquí somos poseídos por el mundo —por el dinero—, poseídos por aquellos

a quienes amamos, por nuestros amigos; pero pertenecemos a aquella ciudad que tiene fundamentos cuyo constructor y arquitecto es Dios. Se dirá de nosotros que hemos nacido en ella; y observemos que estaremos más cerca de Dios que cerca de los santos; porque está escrito que «no seremos más extranjeros y advenedizos, sino conciudadanos con los santos, en la casa de Dios»; estaremos en la misma *ciudad* con los santos, en la misma *casa* de Dios, de la familia de Dios. ¿Hay algún otro nombre que Cristo pueda escribir sobre nosotros? ¿Hay algo más en el cielo o en la Tierra que Cristo pueda darnos? Sí: «Escribiré sobre él mi nombre nuevo.» ¡Ah!, si el nombre del Salvador no estuviera escrito sobre nosotros, el nombre de Dios no habría estado. Hemos de tener aquí el nombre de Cristo escrito sobre nosotros; hemos de tenerlo escrito con su propia mano, y entonces tendremos el nombre de Dios escrito allá. Tengamos aquí el nombre antiguo de Cristo, que es Emanuel, la simiente de la mujer; y entonces Él escribirá sobre nosotros su nuevo nombre, que es «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES». Compartiremos su *reino*, compartiremos su *corona*, compartiremos su *gloria*. «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.» Hemos de *vencer*, ¿no vale la pena luchar? Entonces Cristo nos hará una columna, y no saldremos más; y

cristo escribirá sobre nosotros el nombre de su Dios y el nombre de la ciudad de su Dios, que es la nueva Jerusalén, y escribirá sobre nosotros su nombre nuevo.

EXPOSICIÓN VII

«Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo sé tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Así, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que de mí compres oro refinado por fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y corrijo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 3:14-22).

Hemos llegado a la última de las siete iglesias, y la peor; no sé lo que sentís *vosotros*, pero yo siento lástima; porque no hay ningún punto en la Biblia que sea tan instructivo y consolador para los hijos de Dios, y tan apropiado para despertar a aquellos que no están en Cristo; por tanto, me sabe mal que hayamos llegado ahora a la última de las siete de las epístolas a las siete iglesias de Asia. Laodicea es interesante porque

Pablo habla de ella; dice, en el segundo capítulo de Colosenses, en el primer versículo: «Porque quiero que sepáis qué lucha tan dura sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca me han visto personalmente.» Y de nuevo habla de ellos en el capítulo 4, versículo 13: «Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que están en Hierápolis.» En el año sesenta y cuatro de nuestro Señor, Laodicea fue derruida por un terremoto, pero fue reconstruida, y mucho más hermosa que antes; había en ella tres teatros, y un circo tan grande que en él cabían a la vez 30.000 personas. Fue en el año noventa y seis que Cristo envió esta epístola a ellos; y en unos pocos años después, Laodicea fue destruida por un segundo terremoto, enterrada bajo sus propias ruinas, y ya no se levantó de nuevo; ahora es una ciudad inhabitada, prácticamente desolada. Uno de los últimos viajeros que ha estado allí dice que halló a Laodicea «sin ningún habitante, excepto lobos y chacales y zorras». Ved cuan verdaderas son las palabras de Cristo a las siete iglesias.

1, Demos primero una mirada *al carácter 'que adopta Cristo aquí*. «Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios.» ¡El Amén! Ésta era la palabra predilecta de Cristo. De cierto, de cierto; significa, en hebreo, ser verdadero. Cristo es verdadero en todo lo que dice: «Todas las promesas de Dios son en Él Sí, y en Él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios». Hay algunos

de vosotros que desearíais tener el Espíritu. Ahora bien. Cristo es veraz, y Él ha dicho: «Rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de la verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.» Y de nuevo: «Os lo enviaré, porque aunque se demore, esperadle, porque vendrá, y no tardará.» La promesa puede demorarse, pero nunca vendrá demasiado tarde. Cristo hace dos clases de promesas, *amenazadoras y consoladoras*. Ahora bien, hay algunos cuya única esperanza es que Cristo no sea fiel a sus palabras. Pero Él es el Amén. ¿Pensáis que Él va a quitar la palabra Amén y poner un mentiroso en su lugar? Cristo será veraz en cuanto a sus *amenazas*, lo mismo que a sus *promesas*; Él es el *Destructor* así como el *Salvador*. Él es el Amén. Está escrito que «el Señor Jesús será revelado desde el cielo con sus poderosos ángeles, en fuego consumidor, para tomar venganza de aquellos que no conocen a Dios y que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia.»

«El testigo fiel y verdadero.» Esto significa que Cristo da testimonio veraz; su testimonio *de nuestra condición* es fiel: «Estas cosas son para vosotros, para quienes ha venido el fin de este mundo.» Cristo no halaga nunca; nos dice el verdadero estado, no hace las cosas mejores de lo que son, ni peores. Él es un pintor severo, pero el mejor. Si Cristo fuera revelado a algu-

no aquí esta noche, os iríais y diríais a otros: «Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿No será éste el Cristo?» Y luego Cristo da testimonio verdadero *de Dios*; Él da testimonio de lo que ha visto en el seno del Padre: «Ninguno ha visto a Dios jamás; el Unigénito Hijo que está en el seno del Padre, Él lo ha declarado.» «Hablamos de lo que sabemos, y testificamos de lo que hemos visto.»

Cristo testifica de lo que hay en el corazón de Dios hacia los pecadores, lo deseoso que está de que sean salvos, porque El lo sabe y lo ha visto: «Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, y os haré descansar.» *No hay descanso para el alma como el estar en el amor de Dios*: esto es descanso. Entonces puedes decir: «Vuelve a tu descanso, alma mía, porque el Señor te ha tratado abundantemente.» Y Cristo da testimonio de *sí mismo*, diciendo: «Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero.» Él da testimonio de su amor; da testimonio de su muerte; da testimonio de su firmeza, poniendo su rostro como un pedernal; da testimonio de que tiene la lengua de los entendidos, que sabe cuándo hablar una palabra en sazón a aquel que está fatigado.

«El principio de la creación de Dios.» Debería ser más bien *autor* o *príncipe*. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.» Era Cristo que hizo que el Sol y la Luna siguieran su curso, y colocó las estrellas en sus órbitas de luz; fue Cristo el que juntó la tierra y formó los ríos. Hace la creación más dulce, hace los árboles más hermosos, el sa-

ber que son las obras de Cristo; y nos deja más seguros del mundo en que andamos: podríamos tener miedo de que viniera un terremoto, pero sabemos que nada sucederá que no sea la voluntad de Cristo. Él puso su mano sobre los montes y humearon. Cristo parece haber tomado este carácter: «El principio de la creación de Dios», para Laodicea; como si dijera: «Yo envié el primer terremoto; y si no os arrepentís, voy a enviar otro.»

2. *Veamos el carácter de la iglesia.* «Sé tus obras, por cuanto no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Así, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que de mí compres oro refinado por fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.» La Iglesia tiene dos características; son *tibios* y *pagados de sí mismos*. Cristo tiene una palabra apropiada para cada aspecto de su carácter. Empecemos por el primero: *tibieza*. Hay tres características de las que se habla: Primera, *frío*. ¿Quiénes son los que están fríos? Los que se hielan, los que son carámbanos, los que no dan calor ni lo toman. Un cadáver está frío e inmóvil; sus manos son frías, y fría con el frío de la muerte la frente. Un alma muerta es peor. Galíio no se preocupaba de ninguna de estas cosas. ¿No hay muchos Gallios entre nosotros, personas

que no se preocupan de ninguna de estas cosas? No es de extrañar que haya tanta corrupción, cuando hay tantas almas muertas. Lo extraño es que los hijos de Dios puedan ser preservados; si no fuera por el Espíritu, pronto no habría vida. Segunda, *tibieza*. ¿Quiénes son los que están tibios? Los que tienen la forma de piedad, pero que niegan el poder de la misma; los que son amantes del placer más que de Dios; los que son fieles a las ordenanzas, que acuden cada domingo a la iglesia, que son fieles al mundo, los que casi están persuadidos de que son cristianos. Ahora bien, esto es lo que Cristo aborrece más; preferiría que fueras frío o caliente, que no que seas tibio. Hay algunos, aquí, que se burlan de lo que llaman *calor en la religión*, a lo que llaman *entusiasmo*; a los cuales no les gusta oír que se haga esta pregunta: «Simón, hijo de Joñas, ¿me amas más que éstos?»; a los cuales no les gusta oír de un espíritu quebrantado, no les gusta oír hablar del perdón de los pecados. *Vosotros* sois tibios; volveos, volveos, ¿por qué moriréis? «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotras, mucho tiempo ha se habrían arrepentido en saco y en ceniza», etc. Los que casi llegan a la puerta del cielo, *pero que nunca vienen a Cristo*, van a tener un lugar más profundo en el infierno que los pecadores más disolutos. Tercera, *caliente*. ¿Quién es caliente? Los queridos hijos de Dios, aquellos cuyo corazón arde por el amor de Dios y el amor a los hermanos; éstos son como los serafines,

siempre ardiendo. Cristo os bautiza con el Espíritu Santo y con fuego.

3. *Veamos de nuevo otra parte del carácter: el estar pagado de sí mismo, el autojustificarse*. La tibieza y el orgullo y engreimiento siempre van juntos. Si hay alguno de vosotros que se haya ofendido por lo que he dicho esta noche, sois precisamente esta persona, el que está pagado de sí mismo, la persona *moral*. Hay *una cosa dulce* aquí: Cristo nunca amenaza solamente; después de la amenaza viene el *consejo*, y luego la *promesa*. «Dios resiste a los soberbios, mas da gracia a los humildes.» ¡Oh el amor que hay en el corazón de Cristo! Dice; «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.» Pensáis que sois ricos y abundantes en bienes; y es verdad, sí, sois ricos; si ser rico es hacer largas oraciones, entonces *tenéis* abundantes bienes. Pero ved lo que dice Dios en el primer capítulo de Isaías, versículo 11; «¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de Mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; novilunios y sábados, el convocar asamblea, no lo puedo *sufrir*; son iniquidad vuestras fiestas solemnes», etc. No conocéis la miseria de estar sin Cristo; pensáis que sois ricos, aunque sois pobres; sois mendigos, toda vuestra justicia son harapos inmundos; y «todas las cosas están desnudas y abiertas ante los ojos de Aquel con

quien tenéis que tratar». Cuando vayáis a vuestra casa esta noche, quizás algunos diréis: ¿Qué quería expresar el ministro al decirnos que somos miserables, cuando somos dichosos? ¿Qué quería significar al decir que somos pobres y ciegos, cuando vemos muy bien? Pero esto es porque no os dais cuenta; y Cristo sabía esto, porque dice: «No sabes que tú eres un desventurado», etc. Y observa que, aunque eres tan orgulloso. Cristo es manso y humilde; aunque eres tan orgulloso, Él te aconseja, pero tú no lo aceptas. Ahora bien, ¿quién sabe más, tú o Cristo? El te aconseja que le compres «oro refinado por fuego». *Todo el oro de Cristo ha sido refinado en el fuego, todo ha sido puesto en el fuego de la ira de Dios, el oro fino del cielo.* Y el consejo que te da es que le compres «vestiduras blancas»; vestiduras más limpias no puede hacerlas ningún lavadero en la Tierra. Ahora que Dios ponga esto dentro de ti, que, después de todo, *es posible que Cristo tenga razón, ¿no? ¿Te ofrece Él algo más? Sí. Lo veo todo en el Señor Jesús; este colirio es el óleo de gozo, el Espíritu del Señor Jesús.* Si Cristo te ungiera esta noche con él, se te iluminarían los ojos y saldrías diciendo; «Una cosa sé, que antes era ciego y ahora veo.»

4. *Veamos la promesa de Jesús.* Cristo era como el mercader en la plaza, aconsejándote que le compres a Él; ahora estás en tu casa —es la hora de la cena— y Él te sigue, deseando todavía que le compres sus mercancías; y te dice: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.» O mejor diríamos, *hace*

tiempo que estoy junto a la puerta, y ¡estoy junto a ella todavía! No hay ningún pasaje más conmovedor en toda la Biblia. Jesús hace mucho tiempo que está a la puerta de vuestros corazones y llama, por medio de la *Biblia*: cada vez que la lees. Cristo está llamando; Él llama a tu puerta por medio de tus buenos *amigos piadosos, tus padres piadosos*; Él llama con las *palabras de los ministros*, las palabras que vienen a tu mente de estos ministros, *que ya han ido a su descanso y ahora están gozando su corona*; y Cristo llama por medio de sus actos *providenciales* que ocurren dentro de tu familia; por la pérdida de amigos, porque la flor más hermosa puede serte quitada. Y tú piensas que es una mano ruda, *pero es la de Cristo*; fue Cristo, que quería revelársete, que quería ser tu Salvador; fue Cristo, que quería ser revelado *en ti*, que quería manifestarse en ti, de otra forma que al mundo. Y ha venido llamando a tu corazón *en estas siete epístolas*; el Señor ha estado en este lugar, aunque tú no lo sabías; Él ha estado a la puerta hasta que su cabeza se ha cubierto de rocío, y de su cabello caían las gotas de la noche. Él te ha suplicado *por medio de su sangre y sus lágrimas*. Ahora, si quieres oír la voz de Cristo y abres la puerta, ¿qué es lo que dice el Señor Jesucristo que hará? «Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.» Judas le dijo: «Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?» Jesús le contestó: «Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a Él, y haremos con Él morada.» ¡Qué dicha *el tener a Cristo sentado junto a nosotros en cada comida!*

¡Qué dicha el comer pan con Cristo! Y ahora hemos llegado a la última de las siete iglesias de Asia, y hemos de despedirnos de ellas; y, observad, *os hago testigos de que la última palabra que os dice Cristo es una palabra de bondad, una palabra de misericordia:* «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.»